

LA SIEMBRA DEL PETROLEO

Por Arturo Uslar Pietri

Paradójicamente, el mayor problema de Venezuela es la riqueza. Hasta sobrepasar el primer tercio del siglo XX era un país pobre, atrasado, de escasa población, que vivía fundamentalmente de la agricultura y del trabajo de los venezolanos. Los presupuestos eran modestos, como las actividades del gobierno, limitadas por la escasez de los recursos pero, con todo ello, tenía una estructura económica normal dentro de la cual podía alcanzar, con esfuerzo y acierto, algunas metas razonables de crecimiento. Se conocía la existencia de la riqueza petrolera y ya constituía el mayor rubro de los ingresos nacionales, lo que permitía a los gobernantes realizar las necesarias obras de infraestructura y llegar, incluso, a la extravagancia de cancelar totalmente la deuda pública externa.

Los precios del petróleo en el mercado mundial se habían mantenido en niveles bajos que nunca llegaron a exceder los dos dólares por barril, por lo que, aunque la producción petrolera creció notablemente, el ingreso proveniente de ella se mantuvo en volúmenes razonables que podían manejarse prudentemente dentro de las limitadas condiciones del país.

Ya desde entonces no era difícil advertir los problemas que la existencia de esa riqueza adventicia y no producida por el trabajo de la sociedad podía ocasionar en el futuro. Yo mismo, hace más de medio siglo, señalé la posibilidad de ese riesgo y lancé una voz de alerta. Fue entonces cuando dije que había que “sembrar el petróleo”.

La siembra del petróleo no era otra cosa que la utilización de esos recursos para el fomento razonable de una producción nacional distinta y complementaria de la petrolera, y para la creación de toda la infraestructura necesaria para hacerla posible.

Esto fue, precisamente, lo que no se hizo. El dramático potencial distorsionador de semejante riqueza en el mercado de un país no preparado para utilizarla y asimilarla sanamente produjo algo que pudiera asemejarse a un cataclismo económico a la inversa. Con las súbitas y elevadas alzas de los precios del petróleo ocurridas a partir de 1974, los ingresos del Estado venezolano se multiplicaron infinitamente. El ingreso por año y por habitante llegó a alcanzar la muy elevada suma promedio de 1.700 dólares y en un lapso no mayor de diez años llovieron sobre el pequeño país recursos monetarios equivalentes al monto de quince Planes Marshall.

Se estableció así de hecho un divorcio creciente entre el país y el Estado. Mientras el país en su mayoría siguió siendo el viejo conjunto tradicional de recursos limitados y de capacidad productiva modesta, el Estado comenzó a recibir, en forma de renta petrolera, ingresos gigantescos que le hicieron perder todo sentido de las posibilidades reales y de las proporciones efectivas. Parecía creerse que el dinero abundante podía reemplazar, con ventaja, las formas tradicionales del crecimiento de los países. El Estado, impulsado por el flujo creciente de recursos, reemplazó a la sociedad y se lanzó a realizar por sus propios medios los más descabellados planes. Aquel Estado dispendioso, al través de sus agencias y dependencias, se dedicó, de la manera más improvisada y fantasiosa, a crear y financiar todas las empresas y formas de inversión imaginables, y se creó de hecho la trágica paradoja de un país que llegó a vivir literalmente del gasto público, contradiciendo así lo que ha ocurrido en todos los países que han alcanzado el desarrollo efectivo. No se hizo crecer al país, se hizo crecer al Estado de manera caótica y monstruosa, con todas las formas imaginables de actividad subsidiada y se formó de esa manera un inmenso aparato estatal, ajeno a la sociedad y a los mecanismos normales de producción de riqueza.

Tampoco hubo una política de la población a base de educación, salud y preparación para el trabajo para enfrentar este inmenso desafío, sino que predominó la política de la dádiva, del subsidio, del favor clientelar y de los proyectos faraónicos. Ni la sociedad ni la economía, en su casi totalidad dependientes de la capacidad de gasto del Estado, pudieron crecer para darle al país las bases de un desarrollo real y sostenido. La mayoría permaneció como ávida espectadora y ocasional beneficiario de la ineficiencia de los gobiernos.

Inmensa es la responsabilidad de los hombres que gobernaron al país en esa excepcional coyuntura, con tanta ceguera y tan poco acierto. Muchas y grandes son las responsabilidades que incumben a los autores y factores de este desastre.

La actual situación de crisis generalizada y de colapso de la Administración Pública, que tanto peligros y dificultades le presenta al país, debería ser la ocasión para replantear nuevamente, en términos eficaces y realistas, el desafío de lo que los venezolanos deben hacer y no supieron hacer con tan inmensa riqueza, que vino a convertirse en una causa de desastre.

(Texto autorizado por su autor)